

EL PROBLEMA DE NUESTRA CULTURA (*)

Razones que no amenguan por cierto sino exaltan el honor que ante mis ojos significa la invitación para visitar la Universidad de La Plata, que me hicieran el señor presidente, mi generoso amigo doctor Nazar Anchorena, y el decano de la Facultad de Humanidades doctor Levene, me han impedido hacer la lectura de un estudio sobre la *ciudad americana* — que por ser el fruto de mucha fatiga fuera digno del honor de esta cátedra: asunto que el doctor Levene ha investigado, entre los primeros, con la sagacidad del historiador que él es. Pero venido a agradecer la invitación, no quiero alejarme sin contaros algunas meditaciones sobre asunto de nuestra común preocupación — el problema de la cultura — seguro de que la sinceridad llana con que las formulo y la intimidad, diría, de la plática, han de ser tenidas como las mejores pruebas de mi gratitud por la preciosa amistad que esta casa me ofrece.

La América española heredó el cesarismo de la monarquía que la colonizó y la gobernó por siglos.

El cesarismo de los monarcas se contagió a los emisarios reales que los representaban en América y que los llevó a veces a desafiar su poder, esperando reemplazarlos y ser a su turno pequeños monarcas de sus capitanías o tierras destinadas a su conquista.

(*) Conferencia leída a invitación de las autoridades de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la educación, en el aula mayor de la misma, el 11 de octubre de 1922.

No es escaso el número de capitanes que alardearon pujos de independencia y se alzaron contra la autoridad real, y es frecuente el caso de delegados que apenas sentían un poco firme la tierra bajo sus pies, se les subía a la cabeza el alcohol de la arrogancia y el sueño de una grandeza imperial. Ya sabemos que el máximo conquistador — el de Méjico — lo fué en rebeldía contra el gobernador de la Española, que lo había delegado.

El ejemplo de su monarca absoluto y el sentimiento colectivo que sustentaba el cesarismo español — que Buckle ha encerrado en sus conocidas fórmulas de la fidelidad al rey y de unidad religiosa, y que alcanzaban su forma más completa durante la colonización americana — debieron medrar extraordinario valor, transplantados en condiciones sociales que al no existir los habrían engendrado.

¿Cómo podía, en efecto, realizarse la obra de echar los cimientos de la nueva sociedad, si no se tenía la palabra áspera, el puño fuerte, el ademán resuelto frente a la caterva de soldados aventureros y famélicos?

La sociólogos han mostrado cómo ha nacido el poder dictatorial en América, como una expresión espontánea de la necesidad del orden, como condición primaria de civilización, como una flor en el puño de la espada que enfrenaba a un tiempo la barbarie y la anarquía.

Ese cesarismo renovado y crecido en América da color y carácter a toda su historia, y será siempre señalado como una de las fuerzas más profundas de su formación.

Las derivaciones de tal hecho son innumerables. Generalmente se las reconoce en los fenómenos de orden político, siempre más visibles y llamativos, sobre todo en la América tropical, donde se perciben mejor por la menor interferencia de otros factores, que en los países más evolucionados los aminoran, o simplemente los enmascaran. En unas partes son las tiranías permanentes, interrumpidas por los golpes de estado, que marcan su paso de unas manos a otras más audaces o más afortunadas; en otras la ilegalidad consuetudinaria y el desdén por la ley o el simple abuso del poder, — expresiones claras o larvadas de la misma tradición.

La fuerza real y el prestigio un tanto místico del Estado tienen, pues, en América, una rancia ejecutoria.

Debió significar la justicia, la riqueza, la cultura, es decir, los únicos gérmenes de todas ellas.

Este concepto del Estado omnipotente, dispensador de dones, y promotor único de la felicidad social ha tenido otros afluentes que han vigorizado sus raíces en nuestros espíritus y decorado con nobles ínfulas su prestigio.

Primeramente, el genio de nuestra raza latina, al que se ha atribuído como una de sus creaciones más genuinas y más amadas la del gusto de la vida política y la preocupación del bien público, que en Grecia y Roma absorbían la vida del ciudadano, como lo ha mostrado Fustel de Coulanges, haciéndonos ver hora por hora la dedicación completa del día a las múltiples tareas que la ciudadanía importaba. Acaba de repetirlo Ferrero en su *Ruina de la civilización antigua*, afirmando que durante diez siglos, el mundo antiguo, al llegar al siglo III de nuestra era, no había hecho sino dedicarse incansablemente a la creación del Estado, con el que aspiraba a fundar el reinado de la belleza, la verdad y la virtud.

En segundo lugar, la enseñanza jurídica y de filosofía política ha estado embebida de romanismo, es decir de los ideales de esa civilización que quiso crear el Estado, como su obra maestra.

Esa sugestión está en el fondo de la ciencia de las universidades, y por tanto en lo más íntimo de la mentalidad de las generaciones que gobernaron y dirigieron la civilización americana.

En este punto no ha existido la ruptura de tradición espiritual que importó la Revolución: somos tan romanistas antes como después de la Revolución, y caracteriza nuestro espíritu filosófico hoy, como hace siglos, el edicto del pretór y las compilaciones de Justiniano.

Hay otro fenómeno en la formación social de América, de índole fundamental, que tiene vinculación con el que acabo de recordar y es el de la organización de la familia

Para von Ihering, el Estado es un trasunto de la autoridad paternal, una extensión de ese modelo. Y bien, en América la sociedad careció de esa otra fuente de autoridad, esa otra fuerza que equilibrara el poder del Estado, que fuera a su vez un

centro y un motor de vida gregaria, una escuela de orden y de armonía, desde que es notorio que en América tuvo la familia un origen accidental y un destino pasajero.

Esto distancia el proceso de la sociedad americana, de la sociedad europea, donde la unión de los sexos tenía un carácter religioso, que erigía al hombre en padre de su esposa, en sacerdote del culto de los antepasados y jefe político de un primer agregado cuya aproximación con otros formaba la sociedad.

El Estado, en cambio, en América, resumió toda la autoridad política, civil y cultural de la sociedad.

He querido recordar estos antecedentes porque son puntos de partida, en la dilucidación de cualquier problema social nuestro y por tanto del problema de la cultura.

De primera intención, en efecto, no concebimos fácilmente que la cultura nos pueda venir de un manantial que no haya sido alumbrado por la mano del Estado-Providencia.

Instintivamente referimos el desarrollo de la cultura a la acción del Estado y celebramos con alborozo la aparición de lo que solemos llamar « una nueva fundación cultural » : una escuela, una biblioteca, un museo.

Parecería que está en las manos del Estado un *fiat* milagroso de cultura, que la crearía *ex nihilo* como una simple emanación de su esencia.

Hay, desde luego, en esto un sofisma : el sofisma conocido de tomar el continente por el contenido. Tomar la escuela o el colegio como una fuente de cultura, es un sofisma. Puede ser fuente de cultura, puede no serlo. Una escuela no crea ni expresa la cultura de un pueblo, en mayor proporción que el teatro o la prensa, o el gobierno, o el ejemplo de las clases dirigentes, o el ejemplo extranjero o una doctrina prevalente.

Si cada uno de nosotros consulta su conciencia respecto del origen de la propia cultura, encuentra que ella no procede precisamente de la escuela, sino o de un hombre de esa escuela, o de otros hombres con quienes convivió, o de los libros que leyó libremente; de las meditaciones que ellos le sugirieron.

Aunque estoy seguro de que nos entendemos, conviene precisar el concepto : cultura no es ilustración, no se la gradúa por la

dosis de ciencia que poseamos, porque encierra esencialmente una porción que es sentimental, supone un desarrollo de la sensibilidad, en el que entra sin duda el cultivo de la inteligencia.

Quizá pudiera decirse que es una ilustración que ha descendido de la inteligencia a la sensibilidad por exósmosis, hasta convertirse en un sentimiento, — una elaboración sentimental del conocimiento. Es una manera general de ver y de reaccionar de la personalidad, pues que siendo un sentimiento, es un motivo, uno de los mayores motivos de la acción. Si la ilustración es un fenómeno de la inteligencia, la cultura es un fenómeno de la personalidad total. Si la ilustración es un fenómeno de digestión — suele serlo de simple deglución, — la cultura es un fenómeno de nutrición. Por eso nadie ignora que es posible la ilustración sin cultura.

Se me ocurre una frase de Marco Aurelio, que me suena siempre al oído, de ese libro de los *Pensamientos*, que es uno de los mayores monumentos de la sabiduría humana, cuando dice, hablando de Antonino: *sentía una íntima alegría cuando recibía un consejo superior a su propio pensamiento*. La frase puede ser presentada como un esquema del acto de adquisición de cultura, y por tanto, su definición, puesto que actúan a un tiempo la alegría, que es estado emocional, el consejo, que es norma de conducta, el pensamiento, como manifestación intelectual, y la simpatía como medio de transmisión.

Si eso es cultura se ve inmediatamente que el Estado no puede tener en sus manos el monopolio de la capacidad de crearla ni esa capacidad por esencia.

Si la cultura es un hecho social que supone la simpatía, lo que es político no puede ser cultural, porque lo político importa una lucha en el interior de la sociedad.

El político carece de universalidad porque ha excluído de su simpatía al adversario, porque necesita excluirlo para ganar en el cofrade la intensidad de adhesión más útil para la acción que la extensión que pierde.

Cuando la cultura está generalizada, la acción política no la destruye, pues se desenvuelve por encima de ella, como verdadero epifenómeno, pero cuando no existe cultura generalizada, la acción política la impide. La América latina, todavía facciosa,

sin tradiciones de cultura, con luchas políticas bravías, necesita manantiales de cultura preservados de tales vaivenes y enconos, es decir, que no estén sujetos a la acción política.

De modo que siendo una idea falsa la de la capacidad del Estado para crear cultura, es además una idea destructora de la cultura, porque al pretender crearla la frustra y la bastardea privándola de la condición de generalidad.

Cuando hablamos de la creación cultural del Estado pensamos en lo que es una simple apariencia.

Un plan de enseñanza, la creación de un instituto docente no tienen valor cultural por sí, porque no son sino fórmulas. Tienen el valor de los hombres que las hagan vivir. Un hombre vale más que una escuela, porque ésta vale por medio de aquél, y solamente en la medida de su valor.

Por eso un hombre de real y serena cultura es una fortuna considerable. A medida que el medio social en que actúa es menos complicado, la penetración de su influencia es más intensa y segura, como una luz al través de un medio homogéneo.

Hace pocos días ha sido historiada la acción de uno de esos hombres, Amadeo Jacques, por el joven escritor don Aníbal N. Ponce. Muestra cómo dejó un germen imperecedero de cultura en las generaciones que adiestró.

Hay en esa influencia de un gran maestro, un fenómeno semejante al fenómeno físico de la impregnación. Yo lo compararía a la acción de un acontecimiento de la naturaleza en la vida de las plantas. En los círculos concéntricos del tallo de un árbol, o en los anillos por cuyo número cuenta sus años la palmera, el ojo avisado puede señalar por la huella que así ha dejado en lo recóndito de su vida, una primavera de hielos tardíos que encogió la fibra o una primavera de lluvias y de soles que la crió opulenta. Han pasado los años, pero ahí queda la historia de ambas primaveras, escrita por sus propias manos.

Alguna vez he pensado en una institución cuyo fin fuera facilitar el contacto permanente de los jóvenes con los hombres superiores. Se dirá que atraer esos hombres es precisamente uno de los fines de las universidades. Contestaría que desde luego tal ha de ser la conducta de las universidades; pero que el contacto que hoy ellas proporcionan no es el deseable, sino otro más

personal y menos áulico : el de la conversación, el del diálogo espontáneo y familiar, que conduce como al azar, hacia los caminos de la verdad y de la sabiduría, algo de lo que ha hecho de Sócrates el modelo de los maestros.

Sócrates, lo saben ustedes bien, preguntaba a sus discípulos lo que ellos pensaban y sabían, antes que imponer su propia ciencia. Va a la plaza pública, a los gimnasios, a los talleres, inicia una conversación que, originada en motivos frívolos, por vías imprevistas, lleva hacia los más arduos problemas. A cada uno habla de lo que le interesa para abrir la puerta de su simpatía y habla de pintura con Parrhasios y de escultura con Cliton el estatuario. Sabe revestir su palabra de todos los tonos, es abandonado o elevado, llano o sutil, pero no olvida en ningún momento su fin, que es el de orientar espíritus, reformar caracteres. Se confiaban a él las almas desencantadas como las almas presuntuosas : un Apolodoro de Falere, descontento de todo y de sí mismo, o Alcibiades, amante de los placeres y caprichos, orgulloso de la vida (1).

Es Alcibiades quien dice en el *Banquete* de Platón : « Cuando escucho a Sócrates, el corazón bate con más violencia que si me agitase la danza de los coribantes, y sus palabras me hacen derramar lágrimas. Cuando he oído a Pericles me ha parecido elocuente, pero cuando he oído a Sócrates, estaba dispuesto a pensar que para vivir como lo hago, no vale la pena de vivir. »

Ha habido en nuestros tiempos un hombre de cuyo recuerdo surge una bella figura de filósofo y de maestro del tipo de que hablamos : Don Francisco Giner de los Ríos. Todos sus discípulos — los directores actuales más calificados del pensamiento en España — lo evocan con la admiración mezclada de ternura con la que hablan Platon o Jenofonte del maestro griego. No recuerdan hermosos discursos, ni documentadas teorías, ni sus dichos agudos y limados, sino sus ademanes cordiales, sus palabras serenas, sobre todo la lección inolvidable de su conducta, porque no hacía, como los otros, la generosidad fácil del hablar, sino llanamente, la heroica generosidad de su vida.

Sus lecciones eran sobre todo la emanación espontánea de su

(1) *Sócrates*, por Víctor Delbos.

vivir y llegaban a sus discípulos insensible y hondamente como un perfume.

No vive en sus conferencias y proyectos, vive en la admiración y en el testimonio de los jóvenes a quienes acompañaba en pláticas peripatéticas, en excursiones y visitas. Una palabra, una interrupción, una pregunta, a veces un silencio, quedan para siempre como un lema íntimo de conducta, como un refrán tenaz, como una armonía a lo largo de la vida.

Los que la oyeron tienen una palabra que es la verificación del verdadero maestro : lo *amábamos*. Cuando los discípulos hablan así es que estamos en presencia de un maestro.

Y porque todos decimos eso de nuestras madres, es que la madre es la primera maestra, y los hijos somos ante todo discípulos de nuestras madres.

Era Mme. de Staël o no sé qué otra mujer sagaz, la que daba a las jóvenes el consejo de escoger como compañero el hijo de una buena madre. (Lo malo de este consejo es que se aplica para cuando la joven puede escoger, lo que no siempre sucede.)

Si tanto significa en la vida social el hombre de cultura, será interesante saber cuál ha sido a su respecto el ejemplo de la sociedad en América. Podemos decir resueltamente, me parece, que no ha sido el de la benevolencia. En la América tropical ha sido frecuente el espectáculo de la proscripción y la esterilización de sus mejores hombres por la pasión y la vorágine políticas.

Estados Unidos ha hospedado y aprovechado muchos de estos desterrados, como pueden atestiguarlo los libros de Appleton; y Europa los ha visto pulular y perecer en sus ciudades.

Como España en el siglo XV, pobre y heroica, expulsaba moros y judíos que enriquecían su producción y su ciencia para lograr la unidad religiosa, las naciones de América, sus hijas, urgidas por tener una cultura, sobre el obscurecimiento y destrucción de sus hombres de mayor espiritualidad, ha erigido su unanimidad política.

Sería una injusticia decir que tal hecho sea en nuestro país otra cosa que un simple recuerdo, pero como en los demás países la política y la cultura no han observado la conducta correspondiente al libre desarrollo de ambos, y al contrario, se han hostilizado recíprocamente.

La política ha pretendido monopolizar la cultura. Y esto ha sido un daño porque la acción cultural ejercida a nombre del estado debe someterse a las condiciones que el fin político impone, es decir, debe pactar con las ideas del momento y el creador de cultura, en cambio, no debe otorgar nada a su momento. El político debe conformarse con sus imposiciones y caprichos, y el educador tiene el deber de no entregarse sin reservas a las verdades de su tiempo, según la frase de un filósofo.

La idea de que la escuela ha de tener abierta su puerta a la calle no debe significar que entren por ella la pasión y el interés de la calle, sino el hombre que está preso de esa pasión y de ese interés para que se purifique de ambos.

El educador, el creador de cultura debe mirar a su rededor; pero solamente para buscar en los elementos concretos de la vida que lo circunda la porción universal que encierran, y tender a formularla, es decir, a ser humanista, no en el sentido de perito en letras clásicas, sino en el sentido filosófico de buscador y organizador de verdades generales.

Una consecuencia inmediata de esta diátesis *estatista* de la vida hispanoamericana es el burocratismo, cuyo humor ha envenenado el organismo entero.

El destino burocrático, como aspiración ansiosa de la actividad ciudadana y profesional, es un ideal americano: da *gloria*, que en este caso muestra muy fielmente su común origen filológico con *garrulería*: da honra y da el mayor provecho compatible con la holgazanería divertida.

El sistema educativo revela que el burocratismo ha alcanzado a contagiarse e invadirlo. La enseñanza secundaria no es buscada como un medio de educación o de instrucción siquiera, sino como un paso forzoso para poder lograr el diploma universitario. Y ello se demuestra inmediatamente por la siguiente comprobación: sólo la profesan los que aspiran a la carrera profesional, mientras que en otros países sólo el 20 ó 30 por ciento de la población de la escuela secundaria prosigue a la universidad y los restantes se dispersan por los diversos caminos de la vida.

He encontrado un detalle interesante demostrativo de esta penetración del espíritu burocrático en la enseñanza: hay escue-

las normales urbanas y rurales. Cualquiera creería que tal distinción se refiere al contenido y dirección de la enseñanza respectiva. Pues bien, no hay tal. La diferencia es puramente presupuestal. La escuela normal rural, es la misma urbana con un año menos de estudios, pero con el mismo programa, el mismo plan, el mismo horario, el mismo profesor; solamente de menos categoría.

Como el conservantismo obstruyó la cultura porque ponía en peligro su ciudadela, parece que el estado fortificara, por instinto, la tendencia burocrática de la enseñanza para no dar paso a sus formas privadas que lo descalabrarían, y ha creado lo que hace su fuerza mayor y es un instrumento disolvente de la cultura: el monopolio del diploma.

Nadie sino el Estado, pagado de su cesarismo, puede certificar capacidad.

No afirmo que estemos en condiciones de prescindir de esa garantía, pero sí que no podremos desprendernos de la tiranía que implica si no vemos surgir y no se estimula las formas privadas de la actividad cultural. Hoy es necesaria esa garantía, precisamente por falta de cultura. Pero ésta no será honda, sólida, creadora, si no procede de la acción privada. Que no se afronte el problema por ese rumbo es signo de que no existe la conciencia social de su valor ni el instinto de su conquista.

Para convencernos de ello basta una ojeada de nuestra propia experiencia. Los momentos más afortunados de nuestro desarrollo cultural han germinado fuera de la escuela oficial.

Han sido más abundantes fuentes de cultura don Diego Alcorta, Esteban Echeverría, Juan María Gutiérrez, que las escuelas de sus épocas respectivas.

En Sarmiento se unió al presidente de la República el creador de cultura. Su obra como presidente ha sido menos resistente a la erosión del tiempo que su acción de simple educador, de sembrador de ideas y de métodos, como lo prueban las escuelas de agricultura, que no son tales 50 años después de fundadas.

La política dañó la obra cultural de Alberdi.

Es que el político levanta construcciones materiales, y el educador instila sugerencias, aquéllas se desmedran con el

tiempo, y éstas se desarrollan y propagan como en la vieja alegoría de la bellota que lleva en sí el bosque entero.

No proceden de la escuela los libros y los hombres que han sido las mayores irradiaciones constructivas de cultura extraños a la escuela, han sido : Sarmiento, Mitre, el libro *Facundo* o los *Poemas*, que han recogido el haz de nuestro patrimonio poético.

Hoy las fuentes mayores de cultura pública son el deporte y el cinematógrafo. El primero ha nacido y crecido alcanzando un lugar sin par en la vida social argentina, en la ignorancia e indiferencia del Estado.

Importa el acontecimiento más notable de la cultura argentina de los últimos tiempos, y sus consecuencias son inmensas por abarcar todas las clases sociales.

El cinematógrafo es la escuela con más población escolar y con mayor eficacia de sugestión. He ahí otra fuente de cultura extraña a la acción del Estado.

Vemos, pues, cómo no es una afirmación aventurada, ni la expresión de una simple esperanza, la de que está en manos del hombre privado la capacidad de abrir o encauzar las fuentes de cultura y la de que no se está desarmado frente al Estado.

El poder del Estado es creado por la falta de cultura privada. Su arma terrorífica es la ley. Y bien, la ley está muy lejos de ser un instrumento de presión invencible como aparece. Su eficacia está condicionada por la propia cultura.

Ello es por demás claro cuando pensamos que el mismo legislador no cree en ella y es muchas veces la ley el fruto de una sorpresa o de una improvisación. Es en realidad un programa de acción, como dice Croce: es expresión de idea y no necesidad de acción.

Pero está nuestra conciencia de tal modo trasminada del concepto estatista de la sociedad que, cuando discurremos sobre el remedio de los males, pensamos solamente en el gobierno, en su reforma o en su cambio, no obstante el testimonio diario de que él no tiene en sus manos la solución por la que suspiramos. Por una razón semejante en la España de hoy ocurre lo propio: sus pensadores encuentran en la organización polí-

tica, en sus fallas, en la conducta del Parlamento, en razones derivadas de ese mismo manantial, el mal de su país, y en reformas políticas la curación, en vez de buscarla en los problemas de su cultura y en el alumbramiento de sus fuentes privadas.

Uno de ellos, dice, sin embargo : « No es extraño que los temperamentos políticos puros se alejen de la política morbosa e ineficaz y piensen en la acción directa de unos grupos sociales frente a otros y de todos contra el infecundo y aislado mundo político, como en el mejor procedimiento de actuación pública (1) ».

Para Ortega y Gasset, alma de concentrada inquietud y escritor de fino arte, no podía quedar escondida la causa del conflicto espiritual que conturba a España y la ha encontrado en ese proceso íntimo de su composición social.

« Un hombre, dice, no es nunca socialmente eficaz por sus cualidades individuales si no por la energía social que la masa ha depositado en él. Un escritor logrará saturar la conciencia colectiva en la medida que el público sienta hacia él devoción. Sería faltar a la verdad decir que un individuo influye en la proporción de su talento o de su laboriosidad. En un país donde la masa es incapaz de humildad, entusiasmo y adoración a lo superior, se dan todas las probabilidades para que los únicos escritores influyentes sean los más vulgares (2). »

Cree haber aislado el microbio productor del mal de España y lo define como « la insubordinación espiritual de la masa contra toda minoría eminente (3) ».

Se ve claramente que la enfermedad es una enfermedad de la cultura, pero si bien tiene en su campo de observación la víscera enferma, no me parece que haya aislado el principio productor del morbo.

Para simplificar la expresión de mi discrepancia diría que en vez de pedir humildad y entusiasmo a las masas hay que pedirlos a la minoría eminente.

(1) *España en el crisol*, página 262.

(2) *España invertebrada*, página 100.

(3) *Ibidem*, página 112.

Son calidades ambas — que podríamos resumir en otra : abnegación — que ha de exigirse a los eminentes y los cultos y no a la masa plebeya, porque de otra manera habríamos de convenir que, teniéndolas, es la masa superior que exige a la minoría su adoración. No conozco signos de grandeza espiritual más claros que la humildad y el entusiasmo, que son además los razgos madre del espíritu científico, pues que equivalen a la « poca fe » y a la « mucha esperanza » con que ha sido definido.

Pero si la cultura proviene de orígenes privados, ¿ cuál es el papel de las universidades ?

Su función es la de afinar, encauzar, dirigir las manifestaciones de cultura de la sociedad, amplificar su eficacia social, ser una placa resonadora de su voz — pero para que ella se cumpla cabalmente ha de substraerse del Estado, afirmar su autonomía, acercándose, en lo posible, a una institución privada : llenarse de espíritu, y limpiarse de mecanismo.

La ausencia del concepto de la eficacia mayor de la acción cultural cuando se subtrae de la influencia del Estado, es una de las causas que amengua su desarrollo. A esta causa negativa hay que agregar una causa positiva, que es la « conciencia cuantitativa » de nuestra sociedad.

La conciencia cuantitativa ha sido incubada por los ideales mercantiles con que la impregnó la colonización española, puesto que el país colonizador no consideró a sus posesiones sino como factorías. Y una vez formada la sociedad colonial, el mayor accidente que habría después de soportar fué la inmigración europea, que reforzaba esa tendencia original. Una civilización comercial fabrica cartabones numéricos ; al lado de los millones de exportación, de los millones de cabezas de ganado, no solemos colocar otros índices que no sean numéricos.

Las civilizaciones numéricas no son propicias para la cultura, que es una « calidad », por esencia, al menos durante el tiempo que la civilización emplea en organizarse y definirse.

Hay una manifestación de cultura que permite tener una indicación de su nivel, porque estando destinada inmediatamente

al público y viviendo por completo de su aprobación, es al mismo tiempo signo de la capacidad del autor y del gusto de sus oyentes. Y bien, nuestro teatro es el testimonio de nuestra escasa cultura. No puedo computar excepciones, que las hay, como prueba de la habilidad de los comediógrafos, pero se impone de una manera imperiosa, como impresión de conjunto, de que carece de gracia, de fuerza, de nobleza en los caracteres, de belleza en la forma, de idealidad en el conjunto.

Durante treinta representaciones de la más completa compañía de arte llamado *nacional*, no me fué dado encontrar un oasis de emoción poética o de clara belleza, en medio de una serie de personajes degenerados, de caracteres mediocres y corrompidos, cuando no perversos que hablan una jerigonza desarticulada y pretenciosa. ¡Qué triste juicio sugerían sobre la sociedad de que aspiraban a ser reflejo!

El teatro de Florencio Sánchez se destaca por el relieve de los personajes, por la fidelidad fotográfica de la observación, por una visión trágica de la vida, pero no forma excepción en cuanto no asoma en sus obras un solo personaje que, alzado sobre el haz de la realidad diaria, dé la ilusión o la confianza en el destino humano.

Concretemos las conclusiones:

1ª En primer lugar ha de tenderse a que la cultura sea general, a que cree una temperatura social que facilite la eclosión de nuevas y más acendradas manifestaciones.

El último movimiento de la universidad argentina en el sentido de comprender en su acción al mayor número — adultos, mujeres, niños — es una interpretación de ese carácter fundamental de la cultura.

2ª En segundo lugar, que la peripezia más favorable para la causa de la cultura es la presencia de hombres que, por dotes singulares, tengan una capacidad mayor de comprensión y de sugestión.

El movimiento de renovación de la vida universitaria a que me refería, debe también dar satisfacción a esta verdad, atrayendo hacia sí a esos hombres que son el tesoro de las sociedades democráticas porque son los que menos piden y dan más.

Los grandes espíritus son los verdaderos creadores de la cultura, y ésta, a su turno, es activo fermento para producirlo.

El renacimiento en Italia y también el de los Países Bajos fué precedido por la difusión de la cultura en todas las clases sociales — millares de hábiles tejedores precedieron a los Van Dyck y de obreros manuales, forjadores, lapidarios, orfebres, a Miguel Ángel, Leonardo o Ghiberti — pero también es verdad que fué la época de las poderosas individualidades, de los Bruneto Latini, de los Marcelo Fisino, Poggio Bracciolini o León Bautista Alberti.

Fué, en efecto, durante el Renacimiento, observa su gran filósofo Burckhardt, el momento en que se vió reventar la floración plena y gloriosa de la personalidad, y como una de sus manifestaciones el programa de la vida privada, elevada a la altura de una función pública, por su acción sobre la sociedad. El libro de Agriolo Pandolpini, en ese sentido, que lo formula y relata, es uno de los monumentos, dice Burckhardt, más expresivos del Renacimiento.

En tercer lugar, que la Universidad debe emanciparse en lo posible de la tutela del Estado, para escapar a su *efemerismo* — a su vivir al día — y de su egoísmo.

Si la tendencia racial y social hacia el estatismo es tan profunda, está sobredicho, entonces, que enervar tan crecida fuerza impone una tarea tan prolongada como tenaz.

De todo esto desprendo, como lo más cordial de esta conversación, ya demasiado larga, que hay una promesa muy grande para el esfuerzo privado y una razón de confianza en la acción independiente.

No hay, por tanto, motivos de tristeza, sino al contrario, de aliento y de gozo cuando están cerradas las vías para las carreras públicas.

Lo mejor que puede hacer un hombre que se sienta con vocación por las tareas de la cultura — arte, educación, letras — es dejar libre curso a su llamado interior — que eso significa vocación, — y ser artista, educador, escritor, sin desviación, sin quebranto, y como Ulises, cuando lo lisonjeen las sirenas, asirse al palo mayor de su barca. Su sensibilidad simpática se saturará del espíritu de su época, pero resistiendo su dominio,

y será, como en el pasado, el mejor documento para comprenderla. Pero debe cumplir el deber que su vocación le impone, enriqueciendo el corazón y la mente de sus contemporáneos con imágenes bellas, con visiones universales, con consuelos fundados en la grandeza de la vida y en la inmortalidad del arte.

Entra en ese deber, como condición primordial, la de adoptar la posición de humildad y de entusiasmo que Ortega y Gasset quiere exigir a las masas. Y esa condición ha de cumplir para sí como para su pueblo: no ha de considerar a su pueblo como el mejor, como el más inteligente, como el más glorioso, porque ciega el ojo de la curiosidad con el velo de la arrogancia y ha de pensar, al contrario, que tiene que aprender de otros pueblos de honda cultura que la labraron secularmente.

Pensemos que la diferencia substancial entre Europa y América consiste en que mientras la primera posee profundos, permanentes y numerosos manantiales de cultura, ésta los tiene superficiales y escasos.

Mientras un español de humilde extracción *siente* una exclamación de política o una escena de Benavente — hablo del menos culto de los europeos, — y un italiano en el *paraíso* de un teatro, analfabeto y todo, subraya la nota magistral de una cantante con una interjección llena de emoción y comprensión, ¡qué queremos que diga un criollo que no conoce en materia de arquitectura expresión más alta que el caserón colonial o el barroquismo reciente y en materia de música si no el balbuceo de una vidalita o el tango africano y lúbrico!

En nuestro país ha habido una doble tendencia espiritual: la nacionalista y la europea.

La primera partiendo de la premisa de que cada país es una personalidad, ve originalidad y genialidad en todas las manifestaciones de nuestra vida. Es la que ha creado la frase pesimista: *cosas de este país*; la optimista, que cree que su historia tiene personajes, virtudes, sucesos, riquezas sin iguales, la que desdeña al extranjero, la que cree que nos bastamos en cualquier orden de la vida.

La segunda es la que tiene los ojos vueltos constantemente

a Europa, y busca la imitación, cuando más perfecta, mejor. Es la que predicaba Sarmiento, que quería transportar las cosas todas hechas desde Europa o desde la América inglesa.

No es el momento de analizarlas, pero me parece evidente que la dirección nacionalista, que busca desentrañar *nuestro genio*, que reputa de originalidad irreducible, implica un concepto *místico* de la sociedad, la afirmación de un origen y de un destino misteriosos que la historia no ha confirmado respecto de ningún pueblo.

Reconozco que investigar es siempre más fecundo que copiar — la imitación conduce, por gradación insensible, a olvidar la naturaleza, como en el arte bizantino y medieval, — pero la comunicación de lo que unos han encontrado ya en sus investigaciones ayuda extraordinariamente en nuevas investigaciones : es una mano que conduce, un ojo que orienta.

La cultura es, en proporción muy grande, un fenómeno de contagio, de influencia.

Sabemos que el Renacimiento no surgió como por ensalmo al hallazgo de libros y manuscritos griegos, sino porque Italia en el siglo XV estaba preparada para gustar y aprovechar la cultura antigua; pero es evidente también que sin el hallazgo de esos manuscritos de la cultura antigua, no habría podido producirse el milagro que fué el siglo XV italiano.

Traducidas en consejo sean mis últimas palabras, las de Schiller, que no son una cita de erudito sino la aspiración, y un poco la práctica de una vida : « Vive con tu siglo, pero no seas el juguete de tu siglo; da a tus contemporáneos no lo que ellos aplauden sino lo que ellos necesitan; cuando tengas que influir sobre ellos, representátelos tales como debieran ser; cuando caigas en la tentación de actuar por ellos, representátelos tales como son.

« Busca su aplauso por medio de su dignidad y así la nobleza de tu alma suscitará la de ellos.

« Vano será que pretendas destruir sus principios, vano condenar sus actos; huye de esos caminos estériles; pero en sus ocios puedes poner tu mano creadora. Limpia sus placeres de frivolidad y de grosería y sin que lo noten purificarás sus acciones y por último sus sentimientos. Rodéalos por doquiera de formas nobles, espirituales, de símbolos de la perfección,

hasta que la apariencia venza a la realidad y el arte a la naturaleza. »

Esta actitud que marca un concepto de deber, ha provocado mentalmente en ustedes, alumnos de letras clásicas, el zumbar de los versos de Horacio que cantan incansablemente las promesas y placeres de la vida escondida, que une así dos altos fines :

*... fuge magna licet sub paupere tecto
Reges et regum vita præcurrere amicos (1).*

JUAN B. TERÁN.

(1) Oda a Fuxius Aristius.